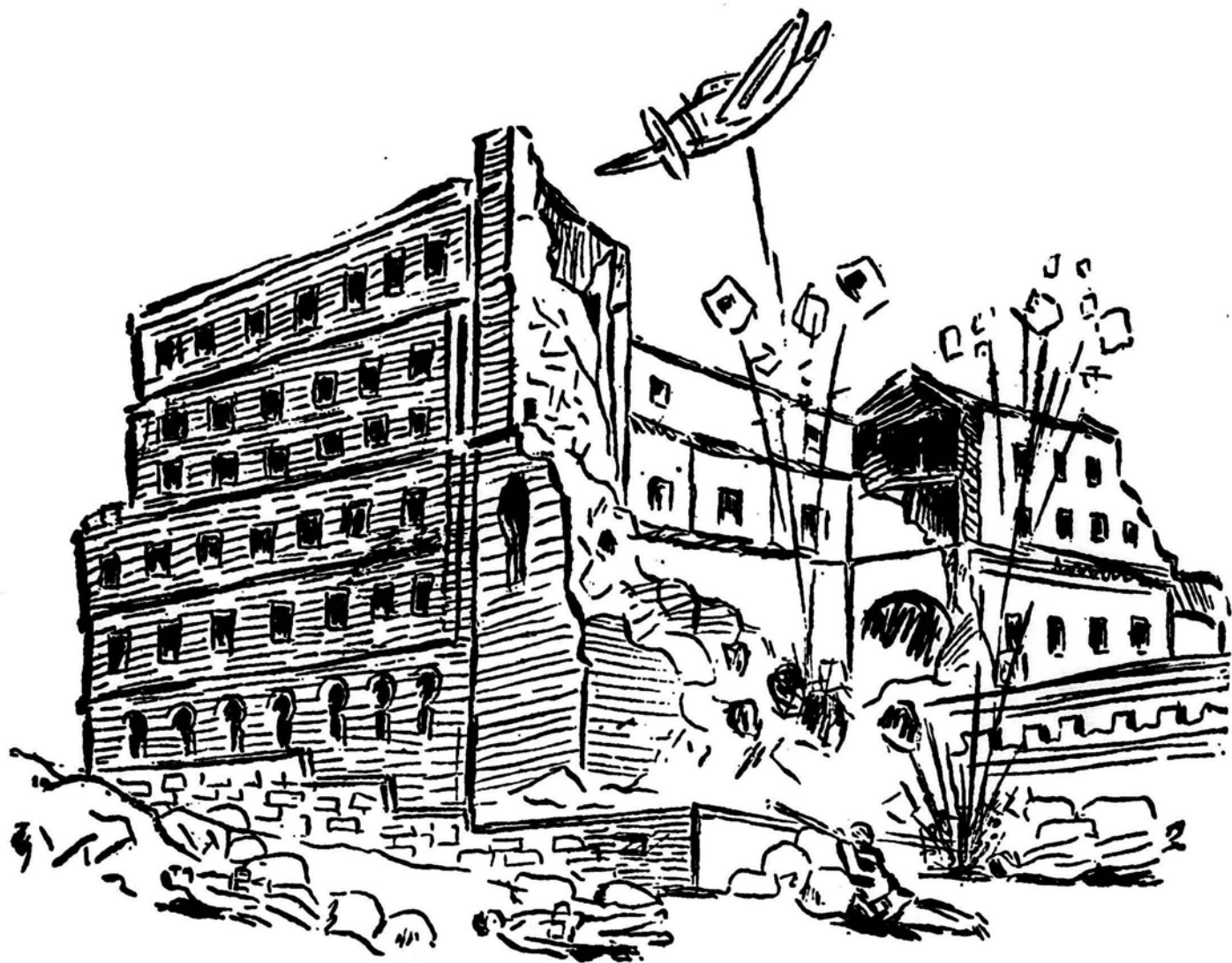


Luis Moreno Nieto



Una aventura — en Toledo

LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO

UNA AVENTURA EN TOLEDO

LA EPOPEYA DEL ALCAZAR
CONTADA POR UN NIÑO



LUIS MORENO NIETO

**Trabajo premiado por el Excmo. Ayuntamiento
de Toledo en el Concurso Literario convo-
cado con motivo del XXV aniversario de
la Liberación del Alcázar**

Núm. de Registro: TO. 5-62

Depósito legal: TO. 431-1962

IMPRESA DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL. — TOLEDO

OYE...

ESTO no es un libro de cuentos, amiguito.

Es una historia de verdad: la historia del episodio cumbre de la Cruzada que costó a España tres años de guerra y un millón de muertos.

Ha sido escrita por un muchacho como tú que estuvo dentro del Alcázar de Toledo durante el asedio del baluarte, al lado mismo de los combatientes. Lo que él escribió, día a día, un poco corregido, es lo que vas a leer tú ahora. No te saltes las hojas.

Esta gloriosa aventura tiene sobre todas las otras que tú has leído una gran diferencia: que es real y verdadera. Si vas a Toledo, todavía te encontrarás en sus viejas calles—calles estrechas y retorcidas que se enredan cuesta arriba y cuesta abajo—con los protagonistas de la gran epopeya, ancianos ya los que eran hombres maduros entonces. Y en lo más alto de la colina donde se asienta la Imperial Ciudad verás el Alcázar, mutilado hace veinticinco años, nuevamente erguido, que vuelve a reflejar la gracia viril de sus cuatro torreones en las aguas del Tajo que le abraza.

Aquellas piedras, acribilladas a balazos, fueron testigo de algo que no sucede en el mundo más que una vez cada mil años.

Tú has tenido la suerte de nacer en España al poco tiempo de ocurrir uno de estos acontecimientos, precisamente el que se narra en las páginas que siguen.

Es como una historia de guerra buena, de la que hacen los hombres de vez en cuando, muy de vez en cuando, por algo que vale la pena morir y matar.

Y nada más.

Adiós, amigo.

EL AUTOR

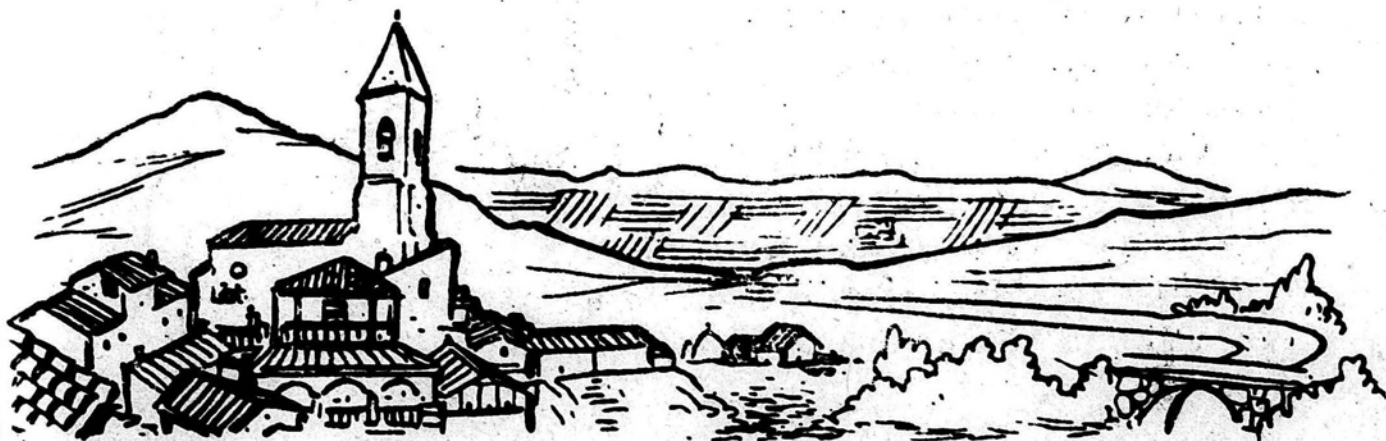
EN MI PUEBLO

20 de Julio de 1936.

ESTA tarde han llegado los húngaros a mi pueblo. Un remolino de muchachos sucios se agita a su alrededor y les sigue por las calles. En las afueras, al pie de las eras, han instalado el circo. El circo no tiene asientos; es un corralón que se llena de mozos y muchachas que aguantan a pie firme la hora larga de la función. Allí cerca, un tenducho astroso, un carro viejo, un oso más viejo todavía y tres burros moribundos mordisqueando la hierba en el borde de la cuneta. He visto junto al carro a una gitana vieja, morena, casi cobriza; un chiquillo semidesnudo, tendido a la sombra del carro, se orina en su barriga como un surtidor en su estanque, complacido. El oso, moreno y panzudo, atado a la rueda, mastica los despojos de la comida. Un mono, pequeño y juguetón, con las ancas peladas, se rasca como si tocase la guitarra. El jefe de esta familia, huraño, habla una jerga extraña que yo no comprendo, pero que el mono debe entender perfectamente.

Ha comenzado la función. El hombre golpea un pandero que produce un ruido bronco, intermitente; el chiquillo mira ansiosamente a la gente con la gorra mugrienta extendida; el oso hace piruetas al son del pandero y el mono esquivo el látigo de su amo y se sube sobre la cabeza de Quico, el del tío Lesmes, que no sabe si reír o llorar; luego, cuando acaba la función y vuelve al carro, el mono se divierte cogiéndose las pulgas.

Entretenido en ver a los húngaros he vuelto tarde a casa. La imagen del mono no hacía más que darme vueltas en la cabeza y he tardado en dormirme...



A TOLEDO

21 de Julio.

QUE nos vamos a Toledo! ¡Date prisa, hijo! No soñaba. Era, efectivamente, mi madre que seguía repitiendo al lado de la cama mientras me zarandeaba:

—¡Hálal! Ya está el coche esperando. ¡Lávate enseguida!

Me desperté a duras penas. Algo raro pasaba en la Casa-Cuartel. Cuando me asomé por la ventana, apenas despabilado, ví a mi padre que trasladaba un cajón pequeño y muy pesado a través del patio. Fuera, los mismos ruidos de todas las noches que yo me sabía muy bien de cuando dormía en la huerta de mi abuelo: el chorro de la acequia, el zurear de las palomas en sus nidos de la torre, el ladrido espaciado de algún perro asustadizo, el piar jubiloso de los pájaros ya de madrugada, cuando el sol leve del amanecer besa dulcemente la hierba, tan suave y dulcemente que, como nos decía don Vicente el Maestro, solamente los ángeles del cielo son capaces de oirlo. Pero dentro del Cuartel —mi padre es Guardia Civil y vivimos en el último piso— todo es distinto a lo que ocurre las demás noches: el Guardia de puertas está recogiendo también a su familia; el Cabo da órdenes que yo no entiendo, a media voz; de la Sala de Guardia ha desaparecido todo: los papeles de las mesas, los correaes que cuelgan del viejo perchero, los fusiles... Los compañeros de mi padre están ya abajo, esperando.

—Jacinto, ¿estás ya?

Ya voy— respondo.

Mi madre ha preparado dos maletas con ropa y quiere llevar más, pero mi padre advierte:

—No hace falta tanto; es sólo para dos o tres días.

«Canelo» ha notado el barullo y está a mi lado preguntándome con los ojos. «Canelo» es mi perro, un perro corriente, de pelo liso, que llegó un día al Cuartel con



una pata rota chorreando sangre; yo le curé con telas de araña y un trapo y desde entonces se quedó con nosotros y me quiere más que a nadie de la casa; dicen que es un perro vulgar y feucho, pero yo le quiero a pesar de eso; es muy listo y siempre está conmigo. Ahora quiere subir el primero al autobús, un coche grande, gris, sin techo, que espera con el motor en marcha desde hace un rato a la puerta del Cuartel. Yo me he colocado junto al chófer, un Guardia que no tiene gorro, ni tricornio, sino una gorra de plato colorada; me ha mirado un instante y me ha dicho:

—Toma, llévamelo con cuidado.

Y me ha entregado un mosquetón. El mosquetón es un fusil pequeño, pero que pesa lo suyo. «Canelo» está a mi lado y me mira extrañado de que yo lleve en las manos una escopeta de verdad, como si fuéramos a la guerra.

—¡A Toledol, ordena el Cabo.

El autobús sale a toda velocidad. Me ha dado tiempo, sin embargo, a echar una mirada al Cuartel, en cuya portada hay un letrero que dice: «Todo por la Patria»; recuerdo que fué el tema que nos puso don Vicente como ejercicio de redacción en el examen de fin de curso.

Está amaneciendo. Nadie sabe que nos vamos. En las calles del pueblo nos cruzamos solamente con un hombre que conduce un par de mulas y con un carro cargado de mies que se tambalea al pasar por los baches. Ahí, en la esquina de la plaza, vive Fernando, mi compañero de pupitre en la Escuela, el hijo del Secretario; un poco más allá estará durmiendo todavía Gerardo, el monaguillo, con quien me pegué el otro día porque le gano siempre que jugamos a las bolas y luego dice que hago trampa.

«¡A Toledol!» El Cabo no ha dicho más y los Guardias tampoco preguntan. En el camino hablan del asesinato de Calvo Sotelo, un Diputado de derechas a quien mataron cobardemente la semana pasada en Madrid por orden de Casares Quiroga, el Jefe del Gobierno de la República; hablan también del petardo que le pusieron hace poco al Cura del pueblo en la puerta de su casa, que por poco estalla; dicen que los comunistas y el Gobierno son una misma cosa; oigo que mezclan en su conversación los nombres de Franco, de Sanjurjo y de Mola; yo no entiendo la mitad de las cosas que dicen, pero estoy un poco asustado de todo esto. Mi madre también lo está.

¿Por qué hemos madrugado tanto? ¿Por qué nos vamos a Toledo? ¡A Toledo! ¿Cómo será Toledo? La verdad, yo no sé de Toledo sino que es la capital de una de las cinco provincias de Castilla la Nueva. Me las sé bien desde hace años: Madrid, Toledo, Ciudad Real,



Cuenca y Guadalajara. «Toledo...» Allí vamos. ¿A qué? No me atrevo a preguntar a mi padre porque no crean que tengo miedo, pero le miro de vez en cuando y le veo serio. También están serios los otros Guardias, pero en sus ojos se nota como un deseo, como una impaciencia. Algo grave está ocurriendo o va a ocurrir pronto. Yo sigo el viaje asustado pero contento porque creo que me estoy metiendo en una aventura. El coche corre cada vez más. Al pasar por Torrijos un hombre que está unciendo un burro a una noria nos ve

desde lejos y cuando nota que es la Guardia Civil levanta el puño cerrado. Mi padre le mira y calla. Yo sujeto con fuerza el mosquetón del chófer; con él entre las manos me parece que tengo más valor, que soy alguien. Al coronar la cuesta de la Venta del Hoyo me advierte mi padre:

—Mira, eso es Toledo.

Ya luce plenamente el sol y sobre el cielo destacan los campanarios de muchas torres que alzan su silueta sobre un cerro rocoso que ciñe el Tajo como si fuera un cinturón de plata. Tiene murallas y puertas con almenas y puentes, como los castillos. Cuando atravesamos la puerta de Visagra parece efectivamente como si hubiésemos entrado en un castillo grande con muchas cuestas, una gran plaza de armas que es Zocodover y una torre del homenaje: el Alcázar.

EN EL ALCAZAR

22 de Julio.

ESTAMOS en el Alcázar. Resulta que han venido todos los Guardias de la segunda compañía, a la que pertenece mi padre; llegaron también los destacamentos de la tercera; la primera y la cuarta estaban ya en Toledo. Todos los Comandantes de puesto habían recibido un sobre con una consigna que decía «Siempre fiel a su deber»; son unas palabras de la cartilla de la Guardia Civil. Dentro del sobre iban las instrucciones del Teniente Coronel Romero Basart para que se concentrasen primero en Talavera, Ocaña, Torrijos y Mora, y luego en Toledo. Son setecientos cincuenta Guardias Civiles los que han venido; hay también soldados de Infantería, cadetes de la Academia, falangistas, requetés y cien Jefes y Oficiales de Infantería y de Artillería principalmente; más de mil entre todos. El que manda en ellos es un Coronel que se llama D. José Moscardó. Desde ayer están defendiendo la ciudad de un ataque de los rojos llegados esta mañana de Madrid; seis mil fieras azuzadas por Riquelme, un jefe marxista que quiere tomar Toledo a toda costa. En el Hospital de Afuera les está conteniendo el Comandante Villalba con un puñado de soldados de la Escuela Central de Educación Física.



Desde aquí se oyen los tiros. Menudean tanto que parece un chaparrón de balas. Yo estoy con mi madre en el sótano del Alcázar; también está «Canelo»; al llegar esta mañana no le dejaron pasar; un soldado le dió un culatazo con el fusil para ahuyentarlo y se alejó; no sé cómo se las habrá arreglado para entrar, pero poco después estaba ya aquí, arrinconado junto a nosotros, con el rabo entre las piernas, tan asustado como yo, o más, de los tiros que no dejan de sonar.

El Alcázar es como un castillo y un palacio a la vez; es un edificio de piedra, muy grande, cuadrado; en cada esquina tiene una torre y cada fachada es distinta de las otras; se alza sobre el punto más alto de Toledo; mirando al Norte se ve el río Tajo que corre a sus pies mansamente; al Este, el antiguo castillo de San Servando; al Poniente y al Sur, viejas casuchas serpentean hacia abajo, hasta la



orilla misma del río; más allá, al fondo del paisaje, las casitas de los cigarrales parecen nidos de aguiluchos entre las rocas. Al entrar esta mañana he visto encima de la puerta un escudo gigantesco labrado en piedra con las águilas impe-

riales de Carlos V; una estatua del Emperador preside el patio y frente a la entrada una gran escalera de dos brazos conduce a las galerías altas llenas de arcos.

El sótano en el que estamos nosotros da al Poniente; hay otros sótanos más abajo de éste, pero están más húmedos. Aquí hay muchas mujeres, más de quinientas, y por lo menos cincuenta muchachos de mi edad, poco más o menos. En este sótano estamos seguros porque no llegan los tiros y los cañonazos y aunque llegaran no nos harían daño porque las paredes no son de ladrillo, sino de piedra, y tienen dos metros de espesor.

Esta madrugada, a las cinco, poco antes de llegar nosotros, un trimotor rojo ha bombardeado el Alcázar; luego vinieron más aviones rojos, fallaron la puntería y comenzaron a arder las casas de Zocodover y de la cuesta del Alcázar. Nos tiran muchos cañonazos; se oye un estampido seco y luego una explosión. Esto debe

ser la guerra. Yo creía que la guerra de verdad es como la que se ve en el cine, pero no. En el cine da gusto oír las ráfagas de las ametralladoras, pero aquí es distinto, y cuando se oye un cañonazo cerca se echa uno a temblar y a rezar el «Señor mío Jesucristo», que casi nunca se termina.

Por la mañana estábamos todos un poco revueltos porque no hacía más que venir gente, pero luego hemos ido buscando cada uno nuestro sitio y por la tarde ya estaba todo más ordenado; mi madre y yo y las otras familias de los Guardias de mi pueblo hemos arreglado tres camastros para dormir en un rincón del sótano. A mi padre no le hemos visto en todo el día, pero sabemos que está bien por otro Guardia que ha venido:

—Dos o tres días se pasan de cualquier modo—nos ha dicho.

Hemos comido la tortilla y los fiambres que mi madre se trajo en un bolso; lo hemos compartido con los demás del grupo; quien mejor lo pasa de todos es «Canelo» que no sabe qué hacer ya con tanto hueso y tanto pellejo de chorizo como le echan en todos los corros; poco a poco se ha ido acostumbrando al estruendo de las explosiones y por la tarde estaba ya más tranquilo; sin embargo, no se atreve a salir del sótano si no viene conmigo.

CINCO MINUTOS QUE SOBRAN

25 de Julio

HOY sí que tengo que contar cosas! Y la primera de todas es que ya se me ha pasado el miedo. Nos han dejado subir al patio y en un rincón de la galería baja he jugado a la pelota con otros chicos. Ya no me asustan tanto los cañonazos y me voy acostumbrando a oír los tiros. Al atardecer, mi madre también sube al patio con otras mujeres y pasea con ellas. Mi padre viene a vernos todos los días un rato y nos explica lo que ocurre. Poco más o menos esto es lo que nos ha dicho: que España se ha partido en dos; de un lado, el campo teñido de rojo con la sangre de los mártires, y de otro, el campo azul de las limpias camisas de la Falange y de las boínas heredadas de Navarra; ambos bandos están ya en tensión, frente a frente; sobre el tapete amplio del suelo de la Patria

se va a jugar su misma suerte, quién sabe si su propio reparto en cien pedazos por los treinta dineros de Judas.

El Coronel Moscardó llegó el otro día al Alcázar, procedente de Madrid; le esperaban varios Jefes y Oficiales a los que dijo al entrar:

—Señores, Toledo se suma al Alzamiento; ustedes tienen la palabra.

A partir de aquel instante el teléfono no cesaba de transmitir órdenes. Un piquete de soldados mandados por el Capitan Vela Hidalgo proclamó solemnemente el estado de guerra; las calles y las plazas estaban desiertas; las cornetas vibrantes de júbilo sonaban a gloria de España y el aire llevaba prendido como un presentimiento de dolor y de gozo, una emoción confusa de lágrimas y de sonrisas que flotaban en el espacio temblantes y como deseosas de prender en las almas de todos los toledanos. Enseguida llegaron cerca de trescientos paisanos. Negreaban a centenares los tricornos charolados de la Guardia Civil.

Cuando el General Riquelme, desde Madrid, ordenó a Moscardó que entregaran las armas del ejército a las milicias marxistas, su

respuesta fué terminante:

—Con todos los respetos a su jerarquía he de manifestarle que por amor a España considero deshonoroso obedecer su indigna orden. Tengo fe ciega en que el General Franco nos conducirá a la victoria.

Horas después de esta conversación millares de milicianos se descolgaban a bandadas sobre Toledo. Iban muchos: diez mil, doce mil, quizá más; ni ellos mismos lo sabían. Como vulgares delincuen-

tes que se exaltan a la vista del botín intentaban a manadas el avance difícil y a manadas caían después sobre la tierra parda; los



monos azules de los rojos quedaban tintos en sangre sobre el asfalto de la carretera formando montones repugnantes; más de un hombre les costaba cada paso. Se luchó durante dos días, pero la desproporción era enorme; los atacantes traían artillería y aviación y Moscardó no disponía de un solo cañón; por eso, pensando que la defensa sería más eficaz desde el Alcázar, ordenó el repliegue, mientras Radio Toledo emitía insistentemente esta proclama: «A pesar del intento criminal del Gobierno asesino y vil de Madrid, las tropas que combatimos por una España grande y justa, juramos por nuestro honor vencer o morir».



Dice mi padre que, aunque no lo parezca, ahora es cuando ha empezado la guerra de verdad, porque estamos encerrados aquí y el enemigo nos cerca por todos lados. En estos dos últimos días hemos vivido más tranquilos. La banda de música de la Academia de Infantería ha dado un concierto en el patio. Pero mi padre nos dice que no durará mucho esta tranquilidad; es que los marxistas se dedican ahora en Toledo a robar, a quemar iglesias, a saquear, arrancar altares y asesinar sacerdotes, hollando con su pezuña los hogares y los templos. Pero cuando vengan aquí, les esperarán más de un millar de fusiles y de ametralladoras que les apuntan ya desde todos los balcones, ventanas, huecos y resquicios del Alcázar.

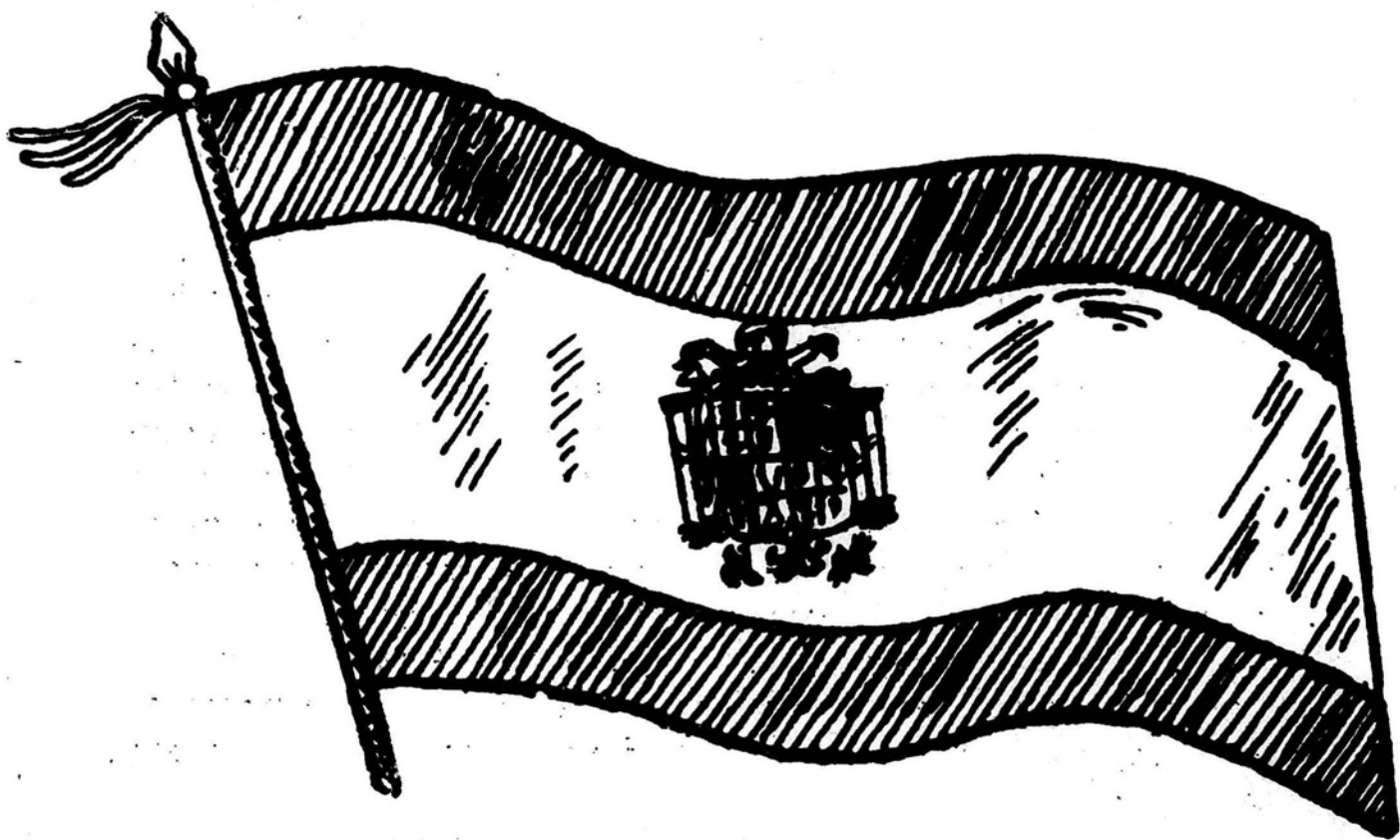
Ha salido un periódico que se llama «El Alcázar» y que se reparte de balde; trae las noticias verdaderas de los avances de las tropas nacionales mandadas por Franco y por Mola; las cogen por radio.

Hay cinco monjas que tienen a su cargo la enfermería y la capi-

lla; la capilla es más pequeña que la iglesia de mi pueblo y tiene una Inmaculada en el altar mayor.

Hay un almacén de víveres con judías, arroz, chocolate, patatas y leche condensada; todos los caballos de los cadetes y de la Guardia Civil están en los sótanos de abajo. Cerca de un millón de cartuchos han traído estos días los camiones desde la Fábrica Nacional de Armas. Un aeroplano pasó esta mañana sobre nosotros rozando los torreones; no nos ha tirado bombas, sino papeles; son periódicos en los que se dice que el Alcázar de Toledo se ha rendido.

Esta tarde hubo en el patio un partido de fútbol que luego acabó en verbena, con canciones regionales y todo. Así hemos celebrado el día de Santiago, Patrón de España. Luego han vuelto los cañones a tirar granadas gordas. Las llaman del quince y medio. Todas las mujeres se han bajado enseguida a los sótanos, pero yo me he quedado detrás de la puerta de la escalera que da al patio, a ver si veía explotar una. A mi lado está «Canelo». En una ventana de la fachada Norte hay un corneta de la Guardia Civil que toca cuando ve el fogonazo; y enseguida un soldado da la voz de ¡fuego!, usando como altavoz la bocina de un gramófono. Los Guardias se tiran al suelo y yo también,



se oye un silbido penetrante y luego un estruendo. A través de la rendija de la puerta he visto desplomarse una piedra del alero del tejado. Cuando se oye la explosión, «Canelo» se encoge y se apretuja entre mis piernas. Cuando me voy a levantar, otro obús entra por la puerta principal y derriba la estatua del Emperador Carlos V, que ha quedado tendida en el suelo señalando al cielo con el dedo índice de su mano derecha. Alguien me agarra del brazo, me levanta y me da un buen pescozón. Es un Teniente de Infantería que me ordena muy enfadado:

—¡Anda abajo, y no vuelvas aquí!

Ya estaba mi madre recorriendo los sótanos de acá para allá preguntando por mí a todo el mundo. Creía que me había pasado algo, y cuando me ha visto me ha dado un abrazo muy fuerte. Luego me ha reñido y se lo ha dicho a mi padre, que me ha reprendido también muy serio:

—No lo vuelvas a hacer. Aparte del peligro que corres sin necesidad, desobedeces a Moscardó; el Coronel no quiere que el enemigo mate a ninguno de nuestros hijos. Sin embargo, él ha sacrificado ya al suyo.

Le tiemblan los labios al decir esto. Mi madre le interroga con los ojos y él nos lo cuenta brevemente:

—Fué anteayer. Los rojos hablaron por teléfono con el Coronel desde el Palacio de la Diputación donde tienen preso a su hijo Luis. Un hombre preguntó al otro lado del hilo:

«—¿El Coronel Moscardó?

—Al aparato. ¿Qué desea?

—Soy el jefe de las milicias socialistas; el que tiene el mando de la ciudad ¿Me entiende? Le doy a usted diez minutos para decidirse. Si dentro de este plazo no ha entregado usted el Alcázar, consétele que fusilaré inmediatamente a su hijo, y sepa que le tengo aquí, a mi lado; y para que vea que no le quiero asustar con una mentira, le va a hablar su mismo hijo por teléfono.

Enseguida se oye la voz del joven en el micrófono:

—Papá, ¿cómo estás?

—Bien, hijo mío. ¿Qué pasa?

—Me dicen que si no entregas el Alcázar van a fusilarme. No tengas pena por mí. Yo muero gustoso por Dios y por España.

—Sí, Luisito. Muere como español y como cristiano, dando dos

vivas: uno a Cristo Rey y otro a España. ¿Me prometes hacerlo así?

Detrás del micrófono sonaron distinta y claramente dos vivas lanzados con acento seguro y varonil: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!

La voz campanuda se vuelve a oír en el teléfono:

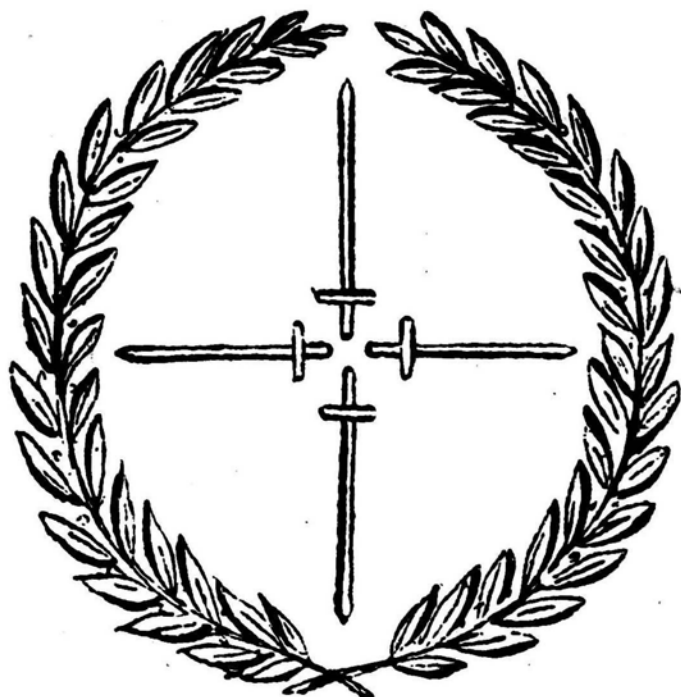
—Abreviemos. Le he dado diez minutos de término y han pasado ya cinco. ¿Que solución toma?

—Que le regalo a usted los cinco minutos.»

Saltan las lágrimas a los ojos de mi madre cuando escucha el relato de este diálogo. El Coronel Moscardó viene poco a los sótanos, lo imprescindible para comprobar si estamos bien acondicionados, conversar brevemente con algunas mujeres y alentarnos a todos. Pero en adelante yo sé que cuando baje a vernos un estreme-

cimiento sacudirá el corazón de todas las madres.

Parece como si Guzmán el Bueno hubiera dado un salto de siglos y estuviera otra vez aquí, entre nosotros.



UN VOLUNTARIO

26 de Julio

ANOCHE se descolgó por las tapias del Picadero, hacia el río. Es el Ayudante del Coronel y se llama D. Luis Alba Navas. Es Capitán de Infantería y todos los paisanos que se distinguen por su puntería están bajo sus órdenes tirando desde el «Simplón». Es audaz, mediano de estatura, de complexión fuerte y ágil. Ayer rescató el cadáver del Capitán Badenas, un compañero suyo que

salió del Alcázar para informarse bien de la situación las posiciones enemigas y que recibió un tiro por la espalda de algún miliciano y quedó muerto junto a la barandilla de la explanada Norte.

El Capitán Alba ha reflexionado sobre el título que un periódico rojo de los que nos tiró ayer un avión enemigo ostenta en su primera plana con letras muy grandes: «De cinco en cinco, desarmados y con los brazos en alto, salen del Alcázar toledano los rebeldes que lo defendían». La mentira cruel e intencionada ha dado que pensar al Capitán Alba. Un negro presentimiento ha cruzado su imaginación: Si los generales que mandan las tropas nacionales creen que el Alcázar se ha rendido efectivamente tal y como dicen los periódicos rojos, ¿cómo acudirán a libertarnos? ¿Que será entonces de nosotros cuando se nos acaben los escasos víveres? Es necesario que alguien atravesase el campo rojo y que vaya a hablar con los nacionales para informarles de la verdadera situación, deshaciendo la canallesca trama de los marxistas. El Capitán Alba ha pensado que ese «alguien» es él y ha consultado enseguida su plan con el Capitán Agulla, íntimo amigo suyo:

—Está bien—le dijo éste—, pero no puedes ir tú solo; yo te acompañaré.

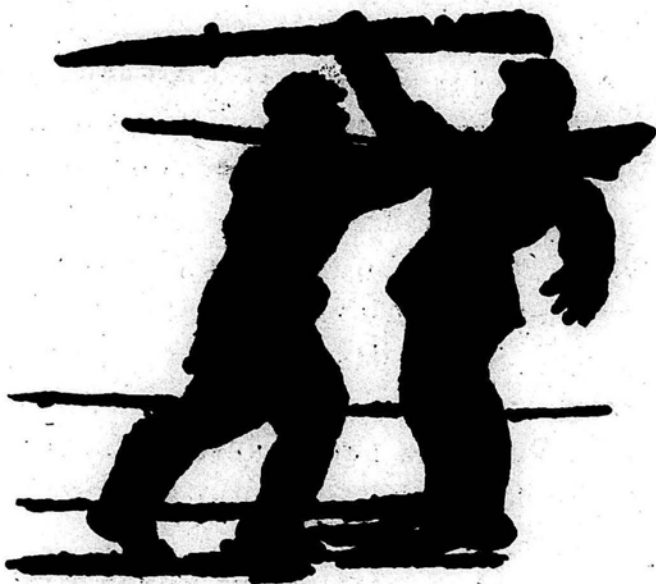
Se han presentado los dos a Moscardó explicándole el proyecto. El Coronel lo ha encontrado aceptable:

—Pero ha de ser uno solo, observó.

—Yo, mi Coronel—, se ha apresurado a contestar el Capitán Alba.

—¿Sabe usted a lo que se expone?

Una breve sonrisa ha sido su respuesta. Ha estrechado la mano de Moscardó y enseguida se ha lanzado a la empresa. Conoce bien el campo y la sierra de Guadarrama que tiene que atravesar para



ponerse en contacto con el Ejército nacional que avanza hacia Madrid. Ya ha pensado el modo de llevar a cabo su difícil misión de enlace: fingirse miliciano. Precisamente esta mañana un miliciano ha pagado con su vida el atrevimiento de acercarse a una posición del Alcázar. Apenas se ha hecho de noche, con un lazo escurridizo han izado hasta arriba su cadáver y le han despojado del mono, de las alpargatas y del carnet de filiación marxista, que han pasado inmediatamente al Capitán Alba, quien observó que la casilla del carnet correspondiente a la profesión estaba en blanco. Ha puesto sobre ella la palabra «pescador». Ha cogido un fusil y se ha calado también la gorra de miliciano. A la una de la madrugada de hoy ha abandonado el Alcázar por la puerta de los carros. Se ha despedido de su amigo Agulla y de Basarán diciéndoles:

—Rezad un padrenuestro por mí.

Se ha quitado el anillo de boda y se lo ha entregado a Basarán diciéndole:

—Si me pasa algo, se lo das a mi mujer.

Lleva doscientas pesetas, unos pedazos de chocolate y un mensaje de Moscardó para las tropas nacionales. Se ha arrastrado sin ser visto hasta las casuchas situadas en el comienzo de las carreras

de San Sebastián y su propósito es bajar por el rodadero que allí existe, hasta el Tajo, cruzar el río a nado y subir por los cerros de la ermita de la Virgen del Valle.

A estas horas estará atravesando el monte hacia Talavera.

¡Que Dios le guíe!



MI VIDA EN EL ALCAZAR

1 de Agosto

NO me gusta la carne de caballo. Anteayer nos dieron una ración de estofado para cenar. Dicen que es blanda, jugosa, parecida a la de ternera y que no debemos tener reparo en comerla; que el caballo es un animal limpio que se alimenta solamente de vegetales y que no come nunca bichos ni nada que no esté en buenas condiciones. Todo eso será verdad, pero a mí me parece que está dulce, y cuando intento tragarla me acuerdo del caballo de mi padre, un animal gordo, de color castaño, que está encerrado aquí con nosotros. ¿Será él? Entre los de la Guardia Civil y los que tenía la Escuela de Equitación de la Academia hay noventa y siete; están todos juntos en un sótano situado más abajo del nuestro, y cuando suena un cañonazo se asustan mucho. Yo me he comido mi ración a medias nada más; lo otro se lo he dado con disimulo a «Canelo», que lo ha despachado en un segundo. ¡Y todavía se relame y me mira a ver si le doy más!

Cada día matan un caballo o dos y nos dan un pedacito a cada uno. Gracias a ellos vamos tirando, porque el chocolate, la leche condensada y las galletas que había en el almacén las han reservado para los niños pequeños y para los enfermos.

Los caballos nos están prestando, además, un buen servicio. Los rojos nos han cortado el flúido eléctrico y los sótanos se quedaron oscuros como cuevas, pero con el sebo de los caballos han alimentado unos candiles que han hecho con latas de conserva y trozos de camisa retorcidos; y así se ve algo; por el día pasa algo de resplandor por los tragaluces, pero de todos modos esto se parece a las catacumbas de los primeros cristianos y yo me salgo a la galería siempre que puedo, porque de día, para ahorrar grasa, apagan los candiles, y de noche, cuando arden, despiden un humazo negro y repugnante que lo envuelve todo y no deja dormir.

Alguna vez hay banquete: cuando mi padre nos trae una tripa de caballo frita o un chicharrón; para entretener el hambre me trae trigo tostado. El pan blanco se terminó el día 27 del mes pasado. Durante los primeros días nos daban café de cebada por la mañana, pero ya se ha terminado. También han racionado el agua: un litro

por persona y día, pero para todos los usos, de modo que el que se gasta la mitad en lavarse no le queda más que medio litro para beber. Sacan el agua de unos aljibes que hay junto a los sótanos. A cada uno nos dan todos los días un panecillo pequeño de trigo mal molido. La otra noche hicieron una salida y de un almacén de trigo que existe junto a la explanada del Picadero, se trajeron más de quinientos sacos; con un pequeño molino del almacén de Intendencia, que



funciona durante todo el día, se hace la molienda, que deja los granos a medio partir con salvado y todo; como no hay energía eléctrica, para hacer funcionar el pequeño molino se ha recurrido a dos motocicletas que son el «quita y pon» del diminuto ingenio, al que se imprime movimiento mediante una correa adosada a la rueda trasera; no hay problema de gasolina porque han extraído setecientos litros de los depósitos de los coches y camiones estacionados en las explanadas. La coción se lleva a cabo en un horno de campaña acondicionado con ladrillos, piedras y escombros en el sótano. Lo peor es que desde ayer se acabó la sal. Algunas veces hacen unas tortitas con este trigo a medio moler y grasa de caballo, pero las guardan para los enfermos y para los niños pequeños.

Como no nos lavamos ni tenemos tampoco ropa para

mudarnos, desde hace días empezamos a notar picores extraños en nuestro cuerpo, pero yo ya no hago caso de esos animalejos.

Nos reparten el rancho a las doce y al caer el sol; a esa hora acudimos a la cocina, unos con platos de aluminio, otros con pucheros de barro o latas grandes de conservas; se forman grandes colas, pero yo voy pronto y me toca siempre de los primeros. Cuando acabamos de comer limpiamos el plato con un papel para ahorrar agua. También está en cola todos los días el asistente del Coronel Moscardó, que come su rancho exactamente igual que yo.

En mi sótano, junto a nuestro camastro, vive la hija de un Sargento. Se llama Benjamina y tiene cuatro años. La otra noche, cuando todos dormíamos, la pequeña se despertó, se sentó en la cama y movió el brazo de su madre para despertarla:

—Mamita, dame pan; aunque sea un coscurrito, que *teno* hambre.

—No lo tengo, hija mía; ya sabes que no lo hay.

—Entonces... dame un poquito de *colate*.

—Tampoco hay chocolate, vida mía. Duérmete.

—Entonces... dame agua.

El agua que se conservaba en una latita estaba amarga y de color



amarillo, porque había sido atacada por la trilita. Aquella noche la pequeña Benjamina ni siquiera pudo beber.

Mi padre me ha pedido que le busque las colillas. Es un empedernido fumador y no hace más que pensar en dos cuarterones de tabaco que se dejó olvidados en casa. Algunos fumadores pasan y repasan las galerías buscando las colillas que tiraron hace ocho días. Otros, con una hoja de afeitar, se dedican a recoger pacientemente los restos de tabaco que existen en las rendijas de los pupitres de los cadetes; de este modo llegan a formar un cigarro entre tres o cuatro; luego se ponen en fila para fumárselo por turno. Otros se arriesgan y salen a la explanada oriental, cogen hojas de las moreras y de las acacias, las secan luego al sol y se las fuman. Un soldado se encontró ayer una colilla de puro y se la ha vendido a un Teniente por diez pesetas. Pero más suerte que éste tuvo un Cabo de la Guardia Civil que mató a un *abisinio* que se arriesgó a acercarse a la ventana donde estaba de puesto; valiéndose de una soga y de unos garfios, logró izar el cadáver por la noche y al registrarle le encontró tres paquetes de tabaco.

CABALLEROS DE LA FE

7 de Agosto

TODAS las tardes voy a rezar el rosario con mi madre a un sótano que está muy cerca del nuestro y que ha sido transformado en capilla. Hay un altar con la Virgen, y, como no cabemos todos juntos, han hecho dos turnos: a las cinco y media y a las siete y media. Después del rosario se reza la novena y los miércoles y los viernes el Vía Crucis. No hay ningún Cura, pero tres defensores, el Comandante Martínez Simancas, el Capitán Sanz de Diego y don Andrés Marín, dirigen los rezos; otras veces lo hacen las Hermanas de la Caridad. Bajan muchos de los parapetos que se mezclan entre nosotros y se ponen también de rodillas en la primera fila, no como los hombres de mi pueblo que, cuando entran en la iglesia, siempre se ponen a lo último; yo huelo la pólvora de sus fusiles y me admiro de que no les da vergüenza rezar ni cantar la Salve.

Todos dicen que Dios está con nosotros y que la Virgen nos

salvará, aunque tenga que hacer muchos milagros. El otro día cayó una bomba de avión de cincuenta kilos en el alojamiento de los falangistas y no explotó; lo mismo pasó con un pepino del quince y medio que quedó enterito, sin hacer daño a nadie, con la espoleta puesta y todo, en medio de unos soldados de la Escuela Central de Educación Física; otros tres proyectiles de cañón entraron en la habitación donde dormían dos niños y no pasó nada. Ninguno de los chicos que estamos aquí hemos caído enfermos, a pesar de que el otro día nos bebimos, sin saber lo que era, el líquido de unos frascos que nosotros creíamos que era vino dulce y luego resultó que eran específicos y medicinas. Mi madre dice que todo esto es un puro milagro.

Cincuenta y tres *chupinazos* tiraron hoy contra el Alcázar; dos enormes piedras, procedentes de los arcos del patio, cayeron en mi sótano a través de una de las claraboyas; estaba todo lleno de gente y no

hubo ni un solo lesionado; entraron las dos piedras con la velocidad de dos balas de cañón y quedaron quietas a los pies mismos de unas mujeres que en esos momentos estaban tratando de organizar una Cofradía para que, cuando pase todo esto, los supervivientes sigan unidos en torno de la Santísima Virgen.

Han muerto dos viejecitas, pero no a causa de los tiros, sino porque estaban muy enfermas. Las han hecho caja y las han llevado a enterrar al Picadero. Para los otros muertos no ha habido tiempo



de hacerlo; el Capitán Sanz de Diego es el enterrador; coge los cadáveres, se los echa al hombro y atravesando el Paso Curvo, batido por los rojos, los lleva hasta el Picadero. El enemigo se ha dado cuenta y le tirotea algunas veces. Por eso ahora los entierra de noche, cuando la luna se retira del cielo.

LENTO MARTIRIO

8 de Agosto

CANELO se ha buscado un amigo. Se llama «Jalifa», un perrazo pardo que ha quedado herido de un tiro. «Jalifa» andaba siempre por el patio y cuando oía la voz de «¡fuego!» que avisaba del disparo de un cañonazo, tomaba las escaleras de los sótanos y se ponía a salvo antes que ninguno, pero el otro día una bala de rebote le hirió en el rabo.

Han ardido ya dos torres del Alcázar; un avión rojo erró la puntería y arrojó una bomba incendiaria sobre la iglesia de la Magdalena, que ha ardido, junto con las casas que se agrupan a su alrededor.

Esta mañana un trimotor soviético dejó caer sobre el patio varias bombas de gases lacrimógenos; hasta aquí abajo han llegado los efectos; creíamos que eran gases venenosos, pero resulta que no hemos hecho más que llorar. También nos han echado gasolina con una manga de riego, pero al prenderla fuego el líquido se ha inflamado en los mismos



parapetos rojos y las llamas les han hecho a ellos más daño que a nosotros.

Ayer fué día tranquilo y por la tarde hubo otra vez función de circo, pero poco después una granada del siete y medio hirió gravemente al falangista Quero, huérfano de militar; cuando le llevaban a la enfermería se lamentaba:

—Ya no podré ser militar, pero estoy contento porque he dado mi sangre por España.

Llevaba un brazo deshecho y la cadera destrozada, pero no se quejó ni una sola vez; murió como un valiente.

En el mismo puesto de Quero estaba Romaña, otro falangista herido de un nuevo cañonazo. Yo le ví pasar por los sótanos, iba diciendo tranquilo y sonriente:

—¡Si no tengo nada!

Sin embargo, le faltaba un pie y poco después le cortaban la pierna por el muslo mientras se iba arrancando con la mano las hilachas de piel que colgaban. Una patrulla de la Falange hizo ayer una salida para buscar alimento con destino a los heridos de la enfermería; Maximiliano Fink, un muchacho que iba en vanguardia, quedó muerto en la calle con el pecho atravesado por una bala. La patrulla inició el repliegue, pero no quisieron dejar allá el cadáver de Maximiliano; Godofredo Bravo, un compañero suyo, se lanzó para recogerlo, pero también cayó muerto a su lado. Los falangistas se replegaron al parapeto, pero desde allí impidieron que los milicianos profanaran los cadáveres. Cuando llegó la noche los rescataron y pocos instantes después se oían dentro del Alcázar las voces duras y firmes de sus camaradas:

—¡Camarada Maximiliano Fink!

—¡Presente!

—¡Camarada Godofredo Bravo!

—¡Presente!

—¡Arriba España!

—¡Arriba!

VERDADES Y MENTIRAS

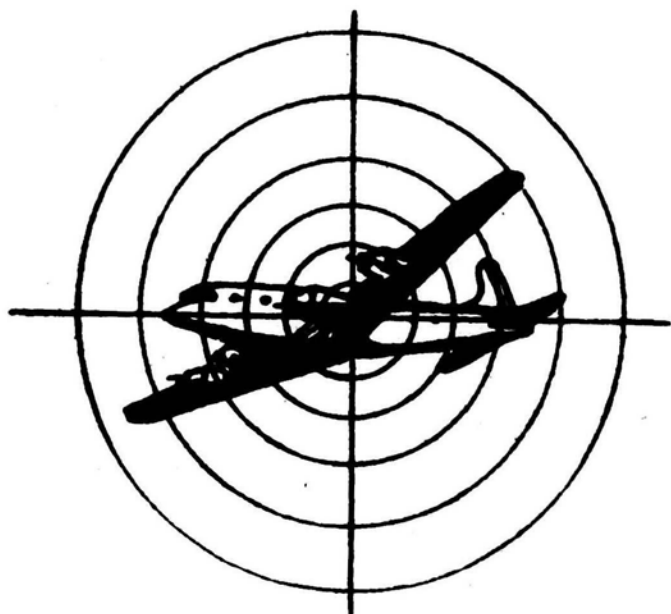
23 de Agosto

EN el Alcázar nos dan diariamente noticias de la guerra, de la guerra de dentro y de la de fuera. Mi padre nos trae un ejemplar del periódico que a veces ha pasado ya por dos o tres manos, pero que se lee bien. Con las pilas de las baterías de los camiones han logrado hacer que funcione la radio, y a través de ella han cogido noticias de las emisoras rojas. Mi padre dice que tienen que cribarlas, porque las radios marxistas dicen muchas mentiras, y a través de sus embustes hay que sacar la verdad.

«Las valerosas tropas nacionales avanzan en todos los frentes», dice el periódico y añade: «Hoy es día grande porque hemos podido captar estaciones italianas y portuguesas». Habla del avance de los nacionales por Extremadura hacia Toledo y de la toma de Badajoz. Por la radio han oído también a Pemán y a la hija de Moscardó, Marichu, que habla desde Lisboa por Radio Club Portugués.

Ayer, ya casi de noche, cuando estábamos en la cola para coger el rancho, de pronto un enorme avión oscuro voló sobre nosotros

rozando los escombros con sus alas. Al atravesar el patio dejó caer tres bultos grandes, de hojalata, atados con alambres. Se han roto al desplomarse sobre el suelo. Están llenos de jamones, conservas, leche condensada, chocolate... Todo el mundo creía que estos víveres estaban envenenados y que los habían arrojado los rojos para acabar con nosotros, pero Morcardó ha encontrado entre los víveres



dos mensajes atados con cintas con los colores nacionales que dicen así:

«General Jefe del Ejército de Africa y del Sur de España.—A los bravos defensores del Alcázar toledano. Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar. Pronto llegaremos a esa. Mientras, resistid a toda costa, que os iremos llevando los pequeños socorros que podamos. ¡Viva España!—El General Franco Bahamonde.» (Rubricado.)

El texto del segundo mensaje es el siguiente: «General Jefe... ¡Un abrazo de este Ejército a los bravos defensores del Alcázar! Nos acercamos a vosotros; iremos a socorreros. Mientras, resistid. Para ello os llevaremos pequeños auxilios. Vencidas todas las dificultades, avanzan nuestras columnas destruyendo resistencias. ¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar!—El General Franco. (Rubricado.) 22 de Agosto de 1936.»

Como ya no había duda de que los víveres estaban sanos, nos dieron a todos un rancho extraordinario de sardinas, mortadela y frutas en almíbar. Los Guardias Civiles de Dosbarrios han entregado para los niños parte de las sardinas que les correspondían.

DOS EMISARIOS

11 de Septiembre

DOS emisarios del enemigo han entrado en el Alcázar. El primero es un Comandante llamado Vicente Rojo, que pasó ayer. La noche anterior callaron súbitamente los cañones y los fusiles marxistas y desde una casa cercana el Comandante Rojo propuso a gritos una tregua para parlamentar. Se la concedió el Coronel Moscardó, y el día 9, a las nueve en punto de la mañana, en medio de un silencio impresionante, entró el Comandante Rojo por la Puerta de los Carros que se abre en la fachada occidental, frente a los sótanos donde estamos nosotros. Yo no lo he visto porque nos han prohibido circular por la galería por donde él tenía que pasar, pero me han dicho que al entrar le vendaron los ojos con un pañuelo y le dieron unas cuantas vueltas para despistarle antes de entrar en el despacho del Coronel. El Comandante Rojo propuso a nuestro Coronel que nos rindiéramos todos, que no nos

pasaría nada; pero Moscardó, que no se fía de la palabra de los que han enviado a este hombre, le ha entregado una cuartilla escrita por él que dice así:

«Enterado de las condiciones que para la rendición del Alcázar presenta el Comité de Defensa de Toledo, tengo la inmensa satisfacción de manifestarle que desde el último soldado hasta el Jefe que suscribe rechazan dichas condiciones y continuarán la defensa del Alcázar y de la dignidad de España hasta el último momento.»

Y después de entregarle esta nota oficial, Moscardó ha dicho al Comandante:

—Puede usted decir a los que le envían, que para ocupar el Alcázar hay que venir a tomarlo. Aquí todos estamos dispuestos a que el Alcázar sea un cementerio, pero nunca un muladar.

Salió el Comandante Rojo del mismo modo que entró y poco después han vuelto a oírse los disparos.

Esta mañana ha entrado otro hombre procedente de las filas enemigas. Es un Cura y se llama D. Enrique Vázquez Camarasa. También se han suspendido las hostilidades durante tres horas. Se presentó con un crucifijo entre las manos. Después de hablar con el Coronel ha bajado a los sótanos. En una esquina de la galería, mientras este señor, que no parece Cura, porque no lleva sotana, bautizaba a dos niños y confesaba a unos cuantos, se ha levantado un pequeño altar con la bandera nacional al fondo y la Virgen del

Alcázar. Todos estábamos allí cuando ha empezado la misa; apenas comenzada, el señor Cura nos ha echado un sermón que yo no he entendido muy bien. Nos ha dicho que pronto nos veremos delante del Tribunal de Dios y que debemos pedirle perdón. Las mujeres han llorado mucho. Hemos comulgado casi todos los que estábamos allí; el primero, Moscardó. Después de la misa se ha organizado la procesión para llevar la comunión a los heridos de la enfermería. Huele mal en la galería; el aire está lleno del olor de los residuos de las comidas, del polvo y de las emanaciones de la trilita, de las mismas que se desprenden de la cuadra y de la cocina cercana donde se descuartizan los caballos, pero ya que no tenemos otro incienso que éste que ofrecer a Dios, hemos cantado al Santísimo Sacramento el «Cantemos al Amor de los Amores.»

Poco antes de abandonar nuestro recinto, el señor Cura le ha dicho a Moscardó que nos deje salir a nosotros y a las mujeres; en esos momentos pasaba por delante de ellos D.^a Carmen Romero:

—Venga usted, Carmen—le dijo el Coronel.

La señora se acercó respetuosamente al grupo. Prosiguió Moscardó dirigiéndose a ella:

—Crean en Madrid que ustedes no abandonan el Alcázar porque viven coaccionadas por nosotros; consulte usted con las demás señoras. Pueden deliberar lo que crean más conveniente y decírselo a este sacerdote, que eso se hará.

D.^a Carmen ha contestado sin titubear:



—¿Coaccionadas nosotras? ¡No! He hablado de este asunto con todas las mujeres del Alcázar y todas piensan como yo; o salimos libres con nuestros esposos y con nuestros hijos, o morimos abrazadas a ellos entre las ruinas; pero solas. . ¡nunca!

—Ya ve usted lo que opinan las mujeres del Alcázar—concluyó Moscardó.

Al cumplirse las tres horas de la tregua, el señor Cura ha abandonado el Alcázar, pero a él no se le han vendado los ojos.

Un traidor a la tregua ha disparado desde los parapetos rojos sobre un falangista que se asomó a la ventana confiado en que los marxistas respetarían esta ley de la guerra.

LA MINA

18 de Septiembre

DESDE hace algunas semanas los rojos venían realizando un trabajo de topes en las entrañas de la roca que sustenta el Alcázar. Ayer por la tarde no se oía ya el insistente mosconeó de las máquinas perforadoras. Es que la mina ha calado lo suficiente.



Por eso sin duda a las mujeres y a los niños nos han trasladado a los sótanos de la parte oriental del baluarte, es decir, al rincón opuesto al lugar donde se oía el ruido de las perforadoras.

Desde las tres de la madrugada las baterías rojas no han cesado de lanzarnos granadas del quince y medio, y desde esa hora nadie ha podido dormir ya. De madrugada, se respiraba un temblor de tragedia. Eran las seis y cuarto cuando una explosión tremenda atronó el aire penetrado del relente del amanecer. Yo fui lanzado del camastro y mi cuerpo chocó con alguien. Siguió un crujido largo, lento, como de árboles que se

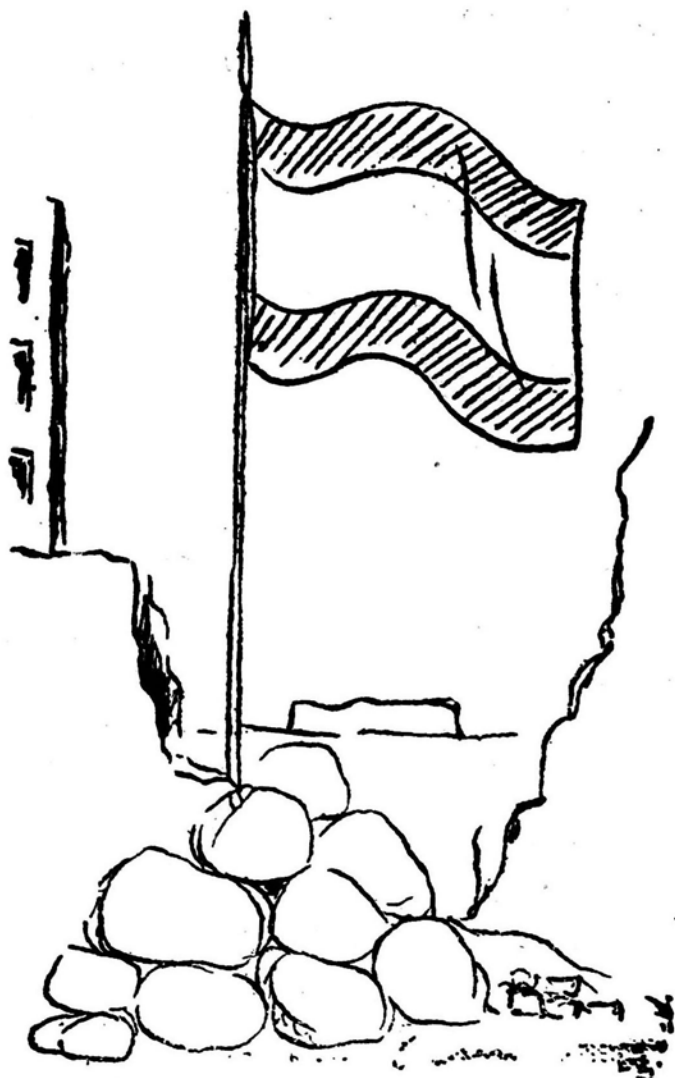


J. Lopez.

desgajan en masa. La bárbara explosión ha derribado el torreón sudoeste, gran parte de la fachada occidental y todas las casas inmediatas al Alcázar. La polvareda invadió todas las estancias; todo el mundo se ha caído al suelo y un camión que estaba cerca ha volado por los aires, deshecho, como si fuera de juguete; ahora asoman al aire las entrañas del coloso caído y algunos sótanos reciben directamente la luz del sol. Junto al torreón derribado han quedado sepultados el Teniente Cuesta, el Cabo Rodríguez Caridad y cuatro Guardias Civiles. Durante unos instantes el suelo ha temblado, como dicen que ocurre durante un terremoto, y luego ha seguido un ruido debajo de la tierra. Algunas mujeres han quedado medio sepultadas entre los escombros. Pronto empezó a oler a trilita, pero más pronto todavía Moscardó, que esperaba la explosión, ha empezado a organizar la defensa, y a los pocos minutos ya estaban todos los defensores en sus puestos, serenos, intrépidos, esperando al enemigo.

A manadas, dando gritos, como cuerda de locos desmandados, subían los milicianos, ansiosos de lanzarse al asalto. Ya clareaba y los destellos de la bandera nacional, enhiesta en lo más alto de las ruinas, les hería la vista y les humillaba al tener que aceptar un combate de cara, de hombre a hombre, de fusil a fusil, cuando su deseo era sólo lanzarse sobre la presa después de muerta, como lo hacen los buitres.

Eran dos mil los asaltantes en vanguardia con otros tantos detrás de ellos en la reserva. El combate ha durado hasta medio día. Los milicianos subían por los escombros que la explosión acababa de



formar, aullando como las fieras, lanzando a docenas las bombas de mano, trepando por todos los sitios a la vez, precedidos por ataques de artillería. Hasta las milicianas vienen con ellos vestidas con mono y gorro. Un miliciano ha llegado hasta la cresta del ángulo noroeste del patio y ha logrado clavar una bandera roja entre dos piedras. Aquel trapo rojo quema el corazón de unos cuantos valientes que, por una escalera de cuerda, logran llegar, abriéndose paso por entre las cornisas, hasta el hueco donde se enarbola la enseña marxista, que cambiaron inmediatamente por la bandera de España.

Antes de la una se había logrado ya rechazar el ataque más duro y mejor organizado de todos los que han lanzado los rojos hasta ahora. Trece muertos y cuarenta y ocho heridos ha sido el balance de la jornada.

Los cañones marxistas nos han dejado sin el acostumbrado

rancho de carne de caballo. Un obús cayó sobre las ollas donde se guisaba la carne, pero ha sido mejor así, porque a media tarde nos han dado arroz con chorizo y bacalao y por la noche arroz con judías.

Los marxistas se han replegado a sus bases de partida, abandonando centenares de muertos y heridos en la retirada. Una vez más los hombres que nos defienden han rechazado a la fiera. El Alcázar, arruinado y deshecho, cuenta todavía tras de sus murallas semide-rruidas con muchos pechos valientes que seguirán oponiendo sus vidas a la profanación.

RIVERITA

19 de Septiembre

AYER hirieron a Rivera. Yo le conozco porque estuvo en mi pueblo el año pasado y echó un discurso en el salón de la Juventud Católica donde estábamos todos los aspirantes. Se llama Antonio Rivera y es el Presidente de todas las Juventudes Católicas de la diócesis. Estaba ayer con una ametralladora en el museo Romero Ortiz, el lugar más peligroso, porque los rojos llegaron a dominar el piso alto del museo.

Pronto cayeron heridos dos compañeros de Rivera. Muchas bombas de mano que lanzaba el enemigo pasaban ya por encima de la cabeza de Antonio y explotaban dentro del patio. El Oficial ordenó el repliegue y Rivera obedeció, pero la ametralladora quedaba allí y entonces él midió serenamente la situación: si se conseguía recogerla, podría servir de mucho en otro sitio; habría que retirarla, además, para que no quedara en manos de los rojos, que pronto dispararían con ella sobre los mismos defensores. Peligro existía, y grande, pero había que ir. Y no pensó más. Acompañado de un cadete avanzó para rescatarla. Sencillamente, como si no tuviera conciencia de lo que pasaba a su alrededor, llegó hasta la ametralladora; iba ya a desenlazarla del trípode, cuando una granada, arrojada desde arriba, destrozó, al explotar, un pie a su compañero y le hirió gravemente en el brazo izquierdo. No se desvaneció. Conservando su admirable entereza, marcando un reguero de sangre a su paso, gritaba mientras caminaba a la enfermería:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!

Mientras bajaba las escaleras murmuraba también palabras de perdón para sus enemigos. Al llegar al sótano encontró a Fuentes, un amigo suyo:

—¿Qué te pasa, Antonio? —le preguntó éste.

La voz de su respuesta sonó entera y firme:

—A mí no me pasa nada; donde pasa es arriba. Sube enseguida y cumple como yo.

La enfermería está instalada en un almacén. En el suelo se han colocado tres hileras de colchones en los que yacen los defensores heridos, entre los que destacan las blancas tocas de las monjas. Preside un Crucifijo de Velázquez.

Le sujetaron el brazo. Pidió que curasen antes a los demás heridos, algunos de los cuales se impacientaban porque tardaban algo en atenderles. Pero Antonio no tenía prisa y dijo sencillamente:

—Otros lo necesitarán más; yo puedo esperar.

Y cuando advirtió la dolorosa sorpresa que causó el verle a su buen amigo Andrés Marín, añadió sonriendo y animoso:

—Esto no es nada. Tendrán que cortarme el brazo, ¿verdad?

—Sí; probablemente sí.

—No os preocupéis por ello. Ofrezco mi brazo a Dios por vosotros y por todos los soldados de España y si me operan sin cloroformo estaré rezando mientras tanto.

Cuando poco después el Médico, D. Pelayo Lozano, le volvió a advertir con hondo pesar y como con rodeos que sería necesario



cortársele, volvió Riverita a sonreír más que con los labios con sus ojos azules:

—No se preocupe usted y corte tranquilo. ¡Si hasta es el izquierdo! Yo no quiero nada con las izquierdas.

Le subieron al fin sobre la cama de operaciones, al pie de una alta ventana tapada con ladrillos, alumbrado por la incierta luz de un candilillo de sebo de caballo. Seguía sonriendo plácidamente y sólo pidió que le pusieran el rosario en la mano derecha; con él fuertemente agarrado permaneció durante toda la operación. Cuando dos o tres horas después terminado el ataque bajaron a verle sus compañeros, le dieron la noticia de que el intento de los rojos había fracasado completamente. Vertía lágrimas de regocijo y explicaba:

—No lloro por mi brazo, sino de alegría porque no los habéis dejado entrar.

El Coronel Moscardó le visitó enseguida:

—Riverita—le dijo—, te voy a dar un beso en nombre de tu padre.

Conversó con él brevemente, lo suficiente sin embargo para darse cuenta del temple de Antonio Rivera. Al salir de la enfermería repetía emocionado el Coronel:

—¡Valiente, valiente ese muchacho!

Pero él no se envanecía, ni siquiera alimentaba el orgullo natural de héroe que se sabe admirado y querido. Y seguía aconsejando a unos y a otros:

—Tirad contra los rojos, pero tirad sin odio.

Y les alentaba con estas palabras:

—Estad seguros de que seremos liberados, porque desde que entramos aquí Dios no hace más que milagros con nosotros. Llegarán las tropas a tiempo de salvarnos; pero, si no llegan, es que Dios quiere el sacrificio de nuestras vidas para la salvación de España.

DOS MAS

20 de Septiembre

HAY dos niños más en el Alcázar. Me he enterado hoy cuando mi madre hablaba de ello con otras mujeres. Uno de ellos se llama Restituto Alcázar y es hijo de un Alférez cadete de Infantería. Vino a la vida el día 9 entre los estallidos rabiosos de los obuses. Su madre no pensaba en comodidades, no podía pensarlo, cuando llegó la hora. Cerca de aquí, en un rincón del subterráneo, junto a la



capilla-enfermería, hay un pequeño aposento aislado, habilitado para taller de reparaciones eléctricas. La ventana del espeso muro está taponada con ladrillos; no hay más luz que la de dos candiles. Allí instalaron un camastro con un colchón de muelles traído de la enfermería. Las mujeres de los Guardias improvisaron unos pañales rasgando una sábana de lienzo moreno. Una granada del quince y medio disparada por los cañones marxistas de Pinedo, subrayó con su explosión el nacimiento. Cuando el padre del recién nacido se acercó a la claraboya para respirar

aire puro, pudo ver cómo ardía su propia casa a unos metros tan sólo del Alcázar, pero eso no logró enturbiar su alegría. Con la punta de su navaja, sobre el yeso ennegrecido de la pared, grabó estas palabras: «¡Aquí nació mi hijo Restituto Alcázar.» Cuando le dieron la noticia bajó de los parapetos con un brazado de papel de «El Alcázar», diciéndole a su mujer:

—Toma, para que lo envuelvas.

Pero su madre había confeccionado ya unos «pícos» de unas toallas mugrientas que encontró por ahí.

También nació una niña anteayer, se llama Josefa del Milagro; Su padre estaba arriba pegado al parapeto, cuando explotó la mina. Es Guardia Civil y se llama Ildefonso. De tres en tres bajaba los escalones para conocer a su hija mientras se derrumbaba medio Alcázar; encontró al Médico que asistía a su esposa, Trinidad Rodríguez, sirviendo de techo para que no cayeran los escombros sobre la recién nacida. Mientras la pequeña lloraba, su padre, no teniendo otra cosa que darle, sacó una caja de cerillas y agitándola en el aire se la dió diciendo:

—Toma, chatita, ¡un sonajero...!

No se cómo habrá llegado al parapeto donde se encuentra mi padre. Me lo ha traído esta mañana. Es un canario, pero está tan sucio del polvo que parece un gorrión. El otro día se presentó de pronto, se acercó a mi padre, y lejos de huir le saludó con un prolongado «píiii» y se quedó temblando entre sus manos. Como no había alimento apropiado para él, mi padre quiso soltarle porque, además, por allí cerca rondaba un gato, pero el canario, ya suelto, no quiso volar y se metió dentro otra vez. Resulta que el gato y el canario se han hecho amigos y han vivido juntos estos días. El gato ha muerto, pero no a manos del enemigo. Mi padre y sus compañeros de trinchera le estaban engordando poco a poco para hacer de él un succulento guiso de «liebre» cuando llegase el momento, pero el otro día el animalito desapareció sin dejar rastro, por culpa de los defensores de otro puesto cercano que lo raptaron con todas las agravantes del caso; nocturnidad, alevosía e imposibilidad de defensa; en vez de ir a la cazuela a la que estaba destinado cayó en la otra y antes de tiempo; menos mal que los autores del rapto, en un gesto de camaradería muy de agradecer, invitaron al estofado a mi padre y a sus amigos.

LA ORACION DE UN SOLDADO

21 de Septiembre

NO sé su nombre, pero eso es lo de menos. Murió esta mañana de un tiro en la cabeza, y cuando han ido a enterrarle le han encontrado en el bolsillo de la guerrera un cuadernito que es como un diario íntimo; escrita a lápiz en sus últimas hojas, hay una oración de guerra que mi padre me ha mandado copiar. Es como el testamento espiritual de este defensor del Alcázar. Dice así:



«¡Oh Dios, Señor de los que dominan, Guía Supremo, que tienes en tus manos las riendas de la Vida y de la Muerte, escucha mi oración de guerra!

Haz, ¡oh Señor!, que mi alma no vacile en el combate y mi cuerpo no sienta el temblor del miedo.

Haz que yo te sea fiel en la guerra, como te lo fuí en la paz.

Haz que el silbido agudo de los proyectiles alegre mi corazón.

Haz que la sed y el hambre, el cansancio y la fatiga, no lo sienta mi espíritu, aunque lo sientan mi carne y mis huesos.

Que mi alma, Señor, esté siempre tensa, pronta al sacrificio y al dolor.

Que no rehuya, ni con la imaginación siquiera, el primer puesto en el combate, la guardia más dura en la trinchera, la misión más difícil en el avance.

Pon destreza en mi mano para que mi tiro sea certero.

Pon caridad en mi corazón para que mi tiro sea sin odio.

Haz que, por mi fe, yo sea capaz de cumplir lo imposible.

Que desee morir y vivir a un tiempo.

Morir, como tus santos, como tus viejos profetas, para llegar a Tí.

Vivir, como tus arriesgados misioneros, como tus antiguos cruzados, para luchar por Tí.

Te pido, Señor, que la penitencia encarne en mi cuerpo y sepa sufrir con la sonrisa en los labios. ¡Como sufrían tus mártires, Señor!

Concédeme, ¡oh Rey de las Victorias!, el perdón por mi soberbia.

Quise ser el soldado más valiente de mi ejército, el español más amante de mi Patria.

¡Perdona mi orgullo, Señor!

Te lo ruego por mis horas de vela, el fusil y el oído atentos a los ruidos misteriosos de la noche.

Te lo pido por mi guardia constante en el amanecer sonrosado de cada día.

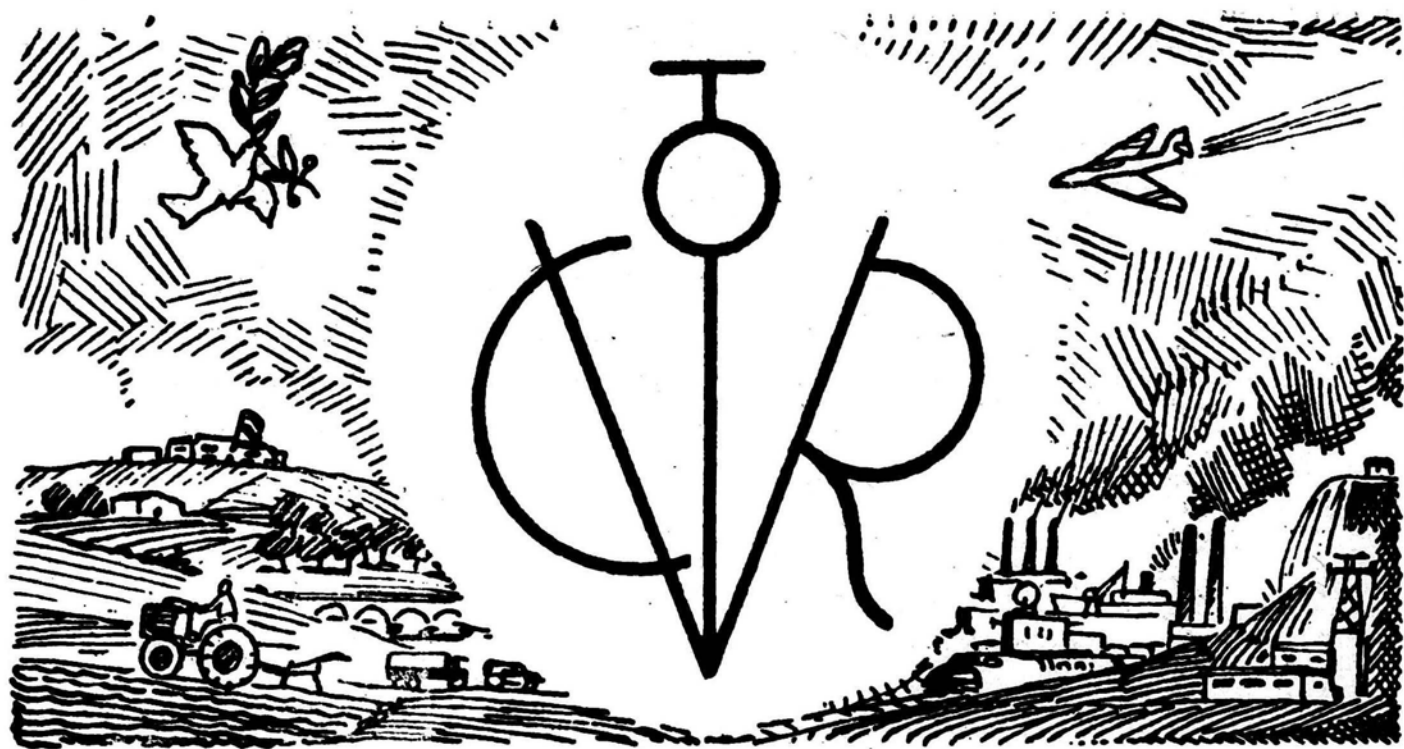
Por mis jornadas de hambre y sed, de fatiga y de dolor.

Si lo alcanzo, Señor, ya mi sangre puede correr con júbilo por los campos de mi Patria y mi alma puede subir tranquila a gozarte en el Tiempo sin tiempo de tu Eternidad.»

LIBERADOS

27 de Septiembre

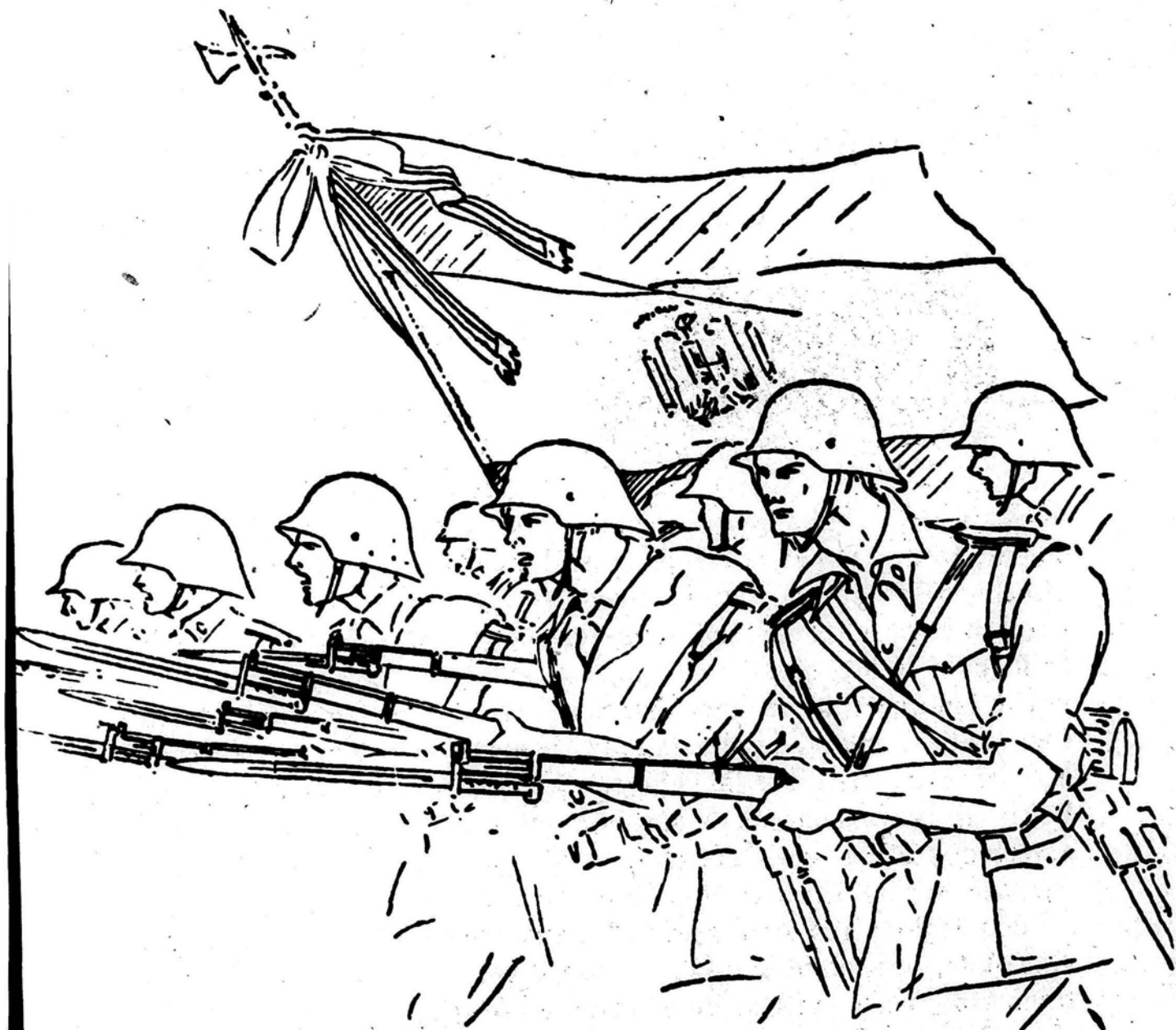
LOS moros del Comandante Mizzián, los legionarios de Yagüe, los soldados de Varela, de Barrón y de Asensio, traen los ojos puestos en el límite del cielo. Vienen avanzando día y noche desde Talavera. Llevan dos meses camino adelante, por los campos de España, hacia Madrid. Los han visto los que defienden el sector Norte; asomados por las estrechas mirillas, entre los resquicios de los sacos terreros, han distinguido perfectamente las figuras menudas y lejanas todavía de los legionarios que se esconden ágiles entre los olivos y los viñedos de Bargas, un pueblo que dista sólo nueve kilómetros. La artillería roja ha vuelto sus cañones hacia las tropas nacionales y desde ayer ya no disparan sobre nosotros. Los rojos no cesan de hostigarnos, pero ahora saben que se juegan la última carta y luchan con desesperación y con angustia. Los aviones de



España protegen el avance de la Infantería que se interna poco a poco por entre la granizada de los obuses de los cañones nacionales que van despejando el camino.

Como una bestia acorralada, los marxistas van cediendo terreno paso a paso, pero ya al caer de la tarde han iniciado la huida. El combate, sin embargo, ha sido muy duro durante la mañana; a veces decrecía el fuego del fusil; es que lo habían reemplazo los machetes y las bombas de mano. La columna liberadora avanza y avanza arrollándolo todo. En lugar de las cuatro torres altas y esbeltas del Alcázar que ellos esperaban contemplar apuntando al cielo, cuando han coronado la Venta del Hoyo no han visto más que este confuso montón de escombros y muros a medio derribar que es ya el Alcázar. Por la mañana los rojos no han dejado de hostigarnos, pero, poco a poco, han ido abandonando sus posiciones para enfrentarse con las tropas que vienen a liberarnos. Al atardecer he visto a unos cuantos defensores que arrastraban un cañoncito de montaña a través del sótano. Este cañoncito ha estado emplazado aquí cerca, junto a los mismos sótanos, frente a la puerta de Capuchinos y yo creía que no valía más que para asustar a los rojos, pero ahora se lo han llevado a las ruinas de la Biblioteca y están tirando desde allí sobre la carretera de Mocejón y la de Algodor, plagada ya de

coches, bicicletas, motos y camiones de los rojos. Huyen por allí, camino de Aranjuez, hacia Madrid. Otros corren por el puente de Alcántara y la carretera de Ciudad Real. Desde los puestos altos del Alcázar han visto a muchos milicianos, perdida ya la serenidad, arrojar al río para ganar tiempo y huir por los cerros de la ermita de la Virgen del Valle; no pocos intentaban montar en las pocas barcas disponibles para cruzar el Tajo, que han zozobrado, ahogándose muchos de ellos. El pánico ha sido completo cuando tres



aviones de bombardeo y otros cinco de caza se han dedicado a ametrallar las partidas de los milicianos ya en franca desbandada.

Era ya casi de noche cuando las guerrillas avanzadas de un Tercio de Regulares, rodeando la ciudad por la parte Norte, bordeando el río y subiendo por entre los escombros de la cuesta del Alcázar, se han presentado de improviso ante un boquete abierto en el muro Oeste:

—¡Altol ¿Quién vive?—preguntaron desde dentro.

—¡Viva España! Somos los Regulares.

Eran las nueve menos veinte de la noche y exactamente cinco minutos después los legionarios del Tercio entraban también gritando:

—¡Españoles! ¡Somos hermanos vuestros!

Al fin pudieron arrojar el fusil los defensores y fundirse en un

fuerte abrazo con sus liberadores. La emoción ha hecho llorar a los hombres. También han llorado algunos legionarios cuando han bajado aquí y han visto a las mujeres desfallecidas y a los niños pálidos tendidos sobre los jergones. Muchos Guar-



dias Civiles, y mi padre entre ellos, conservan, aunque destrozados, sus uniformes con su correa amarilla, pero han sustituido el tricordio charolado por el gorrillo cuartelero. Todos tienen barba y más parecen esqueletos que soldados; no pocos llevan el brazo en cabestrillo o la frente tapada con una venda que rezuma sangre. Esta noche todo ha sido un constante deambular por las estancias derruidas. Huele a azufre, se mezclan las lágrimas de la alegría de los que nos sentimos vueltos a la vida con la aflicción de las mujeres que lloran a sus maridos o a sus hermanos muertos en la defensa y enterrados a un paso de aquí, casi a flor de tierra del Picadero, cargada de metralla y removida a fuerza de obuses.

Los legionarios han sacado de sus macutos todo lo que llevan: chocolate, pan blanco, latas de conserva. ¡Qué banquetel! También traen vino, pero nadie se ha atrevido a tocarlo:

—Esto para los enfermos y los niños—ha ordenado un Sargento.



También han repartido cajetillas de tabaco. Los muchachos no hacemos más que rodear a los Regulares y a los del Tercio; los miramos como lo que son: unos seres sobrehumanos que nos han devuelto a la vida. En el patio, en las escaleras, en los sótanos, hasta en la enfermería, no se oyen más gritos que estos:

—¡Viva España! ¡Vivan nuestros liberadores! ¡Viva Franco! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la Virgen del Alcázar!

OTRA VEZ EN MI PUEBLO

29 de Septiembre

LAS tropas nacionales conquistaron ayer Toledo. Por las calles he visto muchos milicianos muertos con su mono azul y su correa puestos, con el fusil todavía entre las manos. Ayer llegó al Alcázar el General Varela y poco después Millán Astray, que acompañaba al General Franco. Cuando Franco entró en las ruinas saltando por entre los escombros sembrados de bombas de mano,

salió a su encuentro el Coronel Moscardó que se cuadró y le saludó con estas palabras:

—¡Sin novedad en el Alcázar, mi General!

Yo he visto cómo los dos se han dado un abrazo muy fuerte mientras las lágrimas asomaban a su rostro.

Mi padre, que se incorporará dentro de unos días a su destino de vanguardia, ha vuelto al pueblo para dejarnos en el Cuartel. También ha venido «Canelo», que es el único de la casa que no ha adelgazado en el Alcázar; está más gordo que antes.

Los rojos han asesinado al Cura Párroco y a cinco o seis más; han de-

rribado las campanas de la torre; también sacaron los santos de la iglesia y los quemaron en la plaza, pero dicen que ahora ya hay en los altares otros pequeñitos que la gente ha traído de sus casas.



A mi Maestro no le ha pasado nada; estuvo escondido en un pajar; los rojos le buscaron para matarle, pero no dieron con él. Tan pronto como llegué, ha venido a verme, me ha dado un abrazo y me ha dicho:

—Eres un pequeño héroe. Cuando vengas a la Escuela nos tienes que contar tus aventuras en Toledo. El mundo entero ha estado pendiente de vosotros durante estos dos meses. Tú y tu padre y los demás defensores del Alcázar nos habéis dado a todos los españoles la mejor lección que puede aprenderse en la vida.

Le he acompañado hasta la salida del Cuartel; ya anochece y está el cielo igual que cuando nos fuimos a Toledo, sereno y lleno de estrellas que parpadean. Sobre la puerta principal del Cuartel ya no está el letrero que decía: «Todo por la Patria». Lo desclavaron los rojos y lo utilizaron como leña en la cocina. Lo advierte también mi Maestro:

—¿Qué importa el rótulo de madera? Los Guardias Civiles y todos los buenos españoles llevamos muy dentro esa consigna, allí donde nadie la puede arrancar. Eso es lo verdaderamente importante, ¿no te parece?

Yo me he vuelto pensativo a la cama, una cama limpia, blanda, con colchón y con sábanas igual que la que tenía aquella madrugada, cuando me despertó mi madre para irnos a Toledo. Yo no sabía que una cama podía alcanzar tanta importancia y podría ser tan apetecida. ¡Qué gusto dormir en ella! Me parece mentira volver a dormir aquí, vivir otra vez en mi casa, en paz, sin oír los tiros ni los cañonazos, sin ver llorar a mi madre, sin la zozobra constante de lo que ocurrirá luego, sin tener que comer la carne de caballo ni respirar aquel aire negro y repugnante del sótano.

«Esto es un regalo de Dios», dice mi madre mientras me



arropa, y sus palabras quedan flotando en la alcoba limpia y ordenada:

—Todo, hijo mío, todo en la vida es un regalo de Dios.





